

Academia de la Latinidad
Alejandría, 13-16 de abril de 2004

¿Seguridad de la paz o paz de la seguridad?

El día 12 de marzo de este año, como consecuencia de los terribles atentados terroristas perpetrados en Madrid el día anterior, participé en una multitudinaria manifestación que pedía pacíficamente, pero a gritos, el fin de la violencia y mostraba su solidaridad con las víctimas de los atentados y sus familiares y amigos. Cerca de mí, bajo un paraguas – la fuerte lluvia no redujo el inmenso caudal de asistentes – una mujer joven, casi adolescente, repetía, los ojos llorosos: “¿Qué hacer? ¿Qué podemos hacer?”. Miré alrededor y pensé: “Tenemos que hacer, sin necesidad de aguardar a que se produzcan situaciones trágicas, lo que estamos haciendo. Unir nuestras voces, nuestras manos, nuestros corazones, como hoy... . Contribuir a la fuerza de la unión por unos principios universales, congregados sin requerir acontecimientos terribles como los que hoy nos reúnen”.

Unos días después escribí un artículo titulado: “11-M: deber de memoria, deber de acción”, porque poco a poco se desvanecen las emociones y sentimientos que nos embargan en tan tristes momentos y somos ya incapaces de actuar y de movilizarnos. Y, sin embargo, podemos, todos juntos, desarrollar la fuerza imbatible: la del espíritu, el pensamiento, la interacción, la creatividad. Podemos inventar nuestro destino común gracias a una capacidad desmesurada y distintiva de la especie humana. Y esta es nuestra esperanza.

No olvidar. Nunca más! Pensé en Auschwitz, y en la Isla de Goré, y en Puerto Príncipe, y en Ruanda, y en Camboya ... y después de cada uno de los asesinatos de ETA. Y en el 11 de septiembre de 2001. Y en las reflexiones que hice al contemplar las condiciones de miseria, inhumanas, en las que conmueven, en un genocidio desapercibido y olvidado, tantos seres humanos todos los días. Jaime Torres Godet, uno de mis antecesores en la Dirección General de la UNESCO, brillantísimo poeta, escribió: “Cada vez que un hombre mata a otro hombre o muere en el olvido... siento que se desmorona todo lo que había, con tanto empeño, construido”. No debemos cesar en la búsqueda de otras manos y otras voces para unir las a las nuestras, para formar un gran clamor popular que pueda acceder a las más altas instancias de poder. Para que nos oigan. Para que nos escuchen.

Paz de la seguridad

Es la paz de la seguridad, cien; libertad, cero. Participación, cero; miedo, cien. Silencio completo. Manipulación total. Todo comportamiento se halla condicionado por la seguridad. Todos se sienten observados. Algunos, lo están. La diversidad, la gran riqueza de los pueblos, no puede mostrarse. La creatividad permanece en la clandestinidad.

Y es que la hegemonía no consiste sólo en una preeminencia física. El silencio y la sumisión, el terror, la sospecha, pueden también inducirse por otras formas menos aparentes de hegemonía:

- La confusión semántica (ej: globalización, civilización occidental cristiana, guerra preventiva, democracias “llave en mano”, etc.).

- El declive progresivo de las ideologías debido a la transferencia de las responsabilidades políticas y morales al “mercado”.
- Sustitución de las brújulas éticas personales por conceptos de alineación y decaimiento.
- La distracción producida por los omnipresentes medios de comunicación, que nos convierten en espectadores pasivos en lugar de actores, de autores. No queda tiempo para la reflexión, para elaborar las respuestas propias. El premio Nobel José Saramago lo ha resumido magistralmente: “¿Llegará el momento en que tengamos tecnología, cien; pensamiento, cero?”.
- La ignorancia, la explotación, la dependencia, la inercia... . Mary Robinson, una de las figuras más sobresalientes en el escenario mundial actual, decía hace pocos días en Londres, al presentar las conclusiones de la Red de Redes Ubuntu sobre las reformas necesarias en las instituciones internacionales que “el gran problema de nuestros días, el mayor desafío al que tenemos que hacer frente, es la indiferencia”. La indiferencia, sobre todo, de los jóvenes, a los que tantos discursos sobran, a los que tantos ejemplos faltan.

En el contexto turbulento, superficial, artificial, virtual, en el que se desenvuelven hoy tantas actividades y en el que se invierte tanto tiempo de los habitantes del barrio próspero de la aldea global, los valores y puntos de referencia ético brillan por su ausencia. No hay tiempo para ser uno mismo y, poco a poco, nos vamos ahormando a los moldes establecidos por ocultas instancias de poder. En una gran parte de la tierra, en los barrios donde se hacían los menesterosos – el 80 % de la humanidad – toda acción, toda invención, se concentra en sobrevivir. El resultado es que las grandes dimensiones de la realidad que deberían poder transformarse permanecen, por las múltiples causas esbozadas, no sólo inexploradas sino,

con frecuencia, más deterioradas. El gran tesoro de la experiencia personal, de las iniciativas, de las propuestas de la gente, no se utiliza en un contexto de dominio y de recelo. Los aspectos económicos y sociales, políticos, medioambientales, morales, que deberían situarse a la altura de la dignidad humana, se diseñan y presentan como mejor conviene a los núcleos de poder y sus aledaños.

El sentimiento de alteridad, el talante de humildad y de disponibilidad se dejan de lado y, lo que es peor, se sustituyen por la arrogancia y el halago. Recuerdo un día, en Chinguiti, Mauritania, en que escuchaba, inadvertido, por una ventana, las explicaciones de un joven maestro a sus alumnos. Se azoró mucho cuando, minutos después, me presentaron como Director General de la UNESCO. Le dije, con toda convicción: “Entré en esta escuela como profesor. Me voy como señor Mayor. Mi título se queda aquí”. Es imprescindible observar, ver, pensar, sentir para que recuperemos el sentido de lo importante y lo secundario, de lo veraz y lo simulado, nuestra talla real, nuestra estatura. Hace un rato visitaba el magnífico museo de esta Biblioteca Alejandrina. ¡Qué maravilla de esculturas, libros, formas de expresión!. Frente a estas obras de arte, pensamos, nos empequeñecemos. Y es que un museo no muestra únicamente la grandeza del pasado sino, sobre todo, los pilares intransitorios sobre los que puede construirse el porvenir.

Ayer, Ismail Serageldin, nos hablaba de “ventanas y espejos”. Nos advertía del inmenso error de la autocomplacencia, de sobrevalorar nuestra capacidad y poderío. Pensé en Europa. Pensé en este fantástico espacio de pueblos y culturas, de diversidad y de fuerza creativa que, siendo durante muchos años una comunidad económica y no una unión política, mantuvo muchas ventanas cerradas y se contempló en exceso complacida ante los

espejos. Pensé en mi tierra natal, Cataluña. En la inmensa riqueza de su cultura polimórfica, adquirida a través de los siglos, a veces con grandes sobresaltos e invasiones, y en la necesidad del intercambio permanente, del enriquecimiento mutuo, con otras culturas, con otras razas, con otros pueblos. Pensé en la tentación de construir vallas alrededor en lugar de derruirlas; en el error del aislamiento, del repliegue, de la fortaleza. En la protección por la fuerza. No hay mejor garantía de progreso que las puertas y ventanas abiertas de par en par, de los puentes y lazos entre riberas y territorios.

La fuerza de Europa no es la Europa de la fuerza. La fuerza de Europa son las alas de la libertad y de la democracia genuina. En el contexto de la paz de la seguridad se desarrolla todavía más el miedo “esencial” de uno mismo, perfilándose cada día con mayor vigor los trazos del “enemigo”, que puede hallarse muy próximo, más inmerso en nuestras propias vidas de lo que imaginamos, agazapado en cualquier rincón de nuestra vida cotidiana. Se inicia el terrible proceso del recelo, de la sospecha, y se va perdiendo la confianza en “nosotros”, en los “nuestros”, al tiempo que aumenta la impunidad de quienes practican o toleran las agresiones, el terrorismo de Estado, los asesinatos “selectivos”, las “guerras preventivas”.

Seguridad de la paz

Nuestra esperanza radica en la gente. En ver por fin al pueblo en el escenario. Cada ser humano capaz, por su distintiva capacidad creadora, de hacer lo inesperado, de modificar el curso lineal y fatalista de la trayectoria humana. Infinita diversidad, unicidad en cada instante de su vida. Todos distintos, todos iguales en dignidad. La solución está en todos. Como – lo he repetido muchas veces - escribió el gran poeta catalán Martí i Pol, en

1981, en uno de sus más inspirados poemas: “... Y que se oiga / la voz de todos, solemnemente y clara... / ... que todo es posible / -¿quién si no todos- y cada uno a la vez - / podemos crear ... / el espacio de viento donde toda voz resuene?”.

El conocimiento de la realidad es fundamental para poder transformarla cuando es necesario. Conocimiento e imaginación. Mi libro “Mañana siempre es tarde”, comenzaba con una frase de Alberto Einstein: “En momentos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento”. Imaginación también para modular, moderar, el tránsito desde seguridad total, libertad nula, a libertad total... seguridad nula!. Garantizar la seguridad en un contexto de irrestricta libertad es, precisamente, el ideal perseguido, que requiere la confluencia de muchos factores que, como a título indicativo resumo a continuación.

- Libertad de expresión, requisito indispensable para la participación ciudadana, para una democracia vigorosa, para la movilización de los ciudadanos.
- Libertad para la creatividad sin cortapisas, necesaria para la anticipación, es decir, la prevención, victoria máxima, responsabilidad de las instituciones universitarias, académicas y científicas. Creatividad para enderezar las tendencias, para el cambio de rumbo, para la concepción y ofrecimiento de alternativas.
- Libertad para la liberación a través de todo el proceso educativo, para formar ciudadanos del mundo capaces de, como lúcidamente estableció Francisco Giner de los Ríos, “dirigir con sentido su propia vida”. Ciudadanos del mundo que actúan a escala local, que no se dejan distraer en el ejercicio de sus obligaciones y que, en casos de imposición, resisten.

- Libertad para una visión global, que permita identificar y discernir lo local y lo mundial; la legalidad y la justicia; la democracia a escala internacional, que evite la impunidad y la hegemonía.

El afianzamiento de la libertad requiere una acción permanente, una construcción cotidiana. Este “deber de acción” resulta del deber de memoria, memoria del pasado pero, sobre todo, memoria del futuro. El futuro es nuestra principal responsabilidad. Nuestro primordial compromiso.

Los ideales democráticos que establece el preámbulo de la constitución de la UNESCO – justicia, libertad, igualdad y solidaridad – constituyen el marco idóneo para la transición de una cultura de fuerza, imposición, violencia y guerra a una cultura de diálogo, entendimiento y paz. En la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz, aprobado unánimemente por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 13 de septiembre de 1999, se describen con detalle las medidas que pueden conducir a este gran cambio en la dirección de la historia, a este otro mundo posible que soñamos. La cultura de paz se basa en la tolerancia, en la alteridad, en saberse igual y sentirse igual a los demás, en aupar la autoestima de todos los seres humanos sin excepción, en ser “nos-otros”. La comisión presidida por Jacques Delors, en su informe sobre la “Educación en el siglo XXI”, añade al aprender a conocer, a hacer, a ser, una cuarta dimensión de extraordinaria importancia en la actualidad: aprender a vivir juntos. Ser, en nuestro comportamiento de cada día, conscientes del papel fundamental, de la aportación imprescindible, aunque parezca irrisoria, de cada ser humano a la construcción del futuro común. Recordar el relato de Leonardo Da Vinci, sobre un navío sorprendido por

una tormenta, de tal modo que nuestra conducta sea en los periodos apacibles la que nos enseñaron los momentos de tempestad y de zozobra.

En resumen, soy consciente de las asimetrías en las relaciones de fuerza pero mantengo intacta la esperanza porque conozco la grandeza infinita de la especie humana, porque sé que únicamente quienes fijan sus objetivos suficientemente altos son capaces de promover esta metamorfosis de hondo calado que tanto esclarecería las brumas, tan densas, con que se inicia este siglo y milenio. Nunca los “realistas” colaborarán en esta gran tarea, porque no pueden transformar la realidad quienes la aceptan.

El paso de una cultura secular de dominio y vasallaje a una cultura de la palabra y de la reflexión, del debate y de la acción consecuente permitiría escribir la “nueva historia” que el mundo anhela. Fukoyama proclamó en 1989 el “Fin de la historia”. Ojalá sea el fin de la historia de la sucesión interminable de conflictos y guerras, de sumisiones, de invasiones, de inquisiciones, de mentiras, de hegemonías, de terror, de miedo. Y se inicie la historia de la convivencia, de la fraternidad, de la igualdad, de la libertad, como establece el artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, auténtico faro para los navegantes del futuro, otro símbolo de esta ciudad de Alejandría.

Seguridad de la paz. De la paz que debemos construir todos juntos, todos sin excepción, porque somos pasajeros de un mismo navío y compartimos un destino común.

Federico Mayor Zaragoza

12.07.04

